

**V. EL PARTIDO Y LA
CONSTRUCCIÓN DE LA VANGUARDIA
REVOLUCIONARIA**

1. NECESIDAD DE UNA CRÍTICA MARXISTA-LENINISTA

La dramática experiencia vivida por la clase obrera y el pueblo en los últimos años, confirma categóricamente que el triunfo de la revolución no depende únicamente de un desarrollo adecuado de las condiciones objetivas, y de la enunciación de una estrategia correcta desde el punto de vista del proletariado. La derrota de la Unidad Popular demostró la importancia determinante del factor subjetivo, expresando en una fuerza política dirigente del proceso revolucionario. Sin una vanguardia organizada, que haga posible la mediación entre teoría revolucionaria y la práctica revolucionaria consecuente de la clase obrera y el pueblo, no es posible conquistar la victoria.

La construcción de la fuerza dirigente de la revolución es la tarea esencial, y su cumplimiento pasa por la gestación de una dirección única proletaria. La experiencia histórica indica que la construcción de la fuerza dirigente no es una cuestión que se pueda intentar en abstracto, al margen de las luchas concretas. La vanguardia debe forjarse al calor de la resistencia antifascista, paralelamente al avance en la construcción del frente.

Conquistar una dirección única proletaria, exige comprender profundamente el carácter de los partidos que la clase obrera se ha dado en su larga lucha, el papel que les ha correspondido jugar y el aporte que pueden y deben hacer en los planos teórico, ideológico, organizativo, de influencia de masas, etc.

Para comprender la naturaleza específica y el carácter del partido, y el rol que ha cumplido en la lucha de clases, sobre todo en los últimos años, es necesario estudiar su raíz histórica y analizar su práctica política revolucionaria, a la luz del marxismo-leninismo, desarrollando una crítica profunda, que se inserta

en la crítica y autocrítica que la experiencia pasada exige a todo el movimiento popular. Demostrando responsabilidad y honestidad absoluta en el reconocimiento de los errores, se conquista la confianza de las masas y el reconocimiento a la calidad de fuerza vanguardia.

La crítica que debe realizarse supone precisar el grado de responsabilidad de los actores-sujeto del proceso histórico: líderes, dirigentes, partidos y movimientos. Exige situar los factores subjetivos en el contexto de la realidad objetiva en que actúan. De esta manera se evitará el error de explicar el complejo proceso histórico de una revolución, en base a las genialidades o debilidades de los líderes. Asimismo se evitará la actitud superficial de descargar todos los fracasos en las solas condiciones objetivas (situación económica, marco internacional, etc.)

Esa crítica debe ser masiva. En la autocrítica debe participar todo el partido, y el objeto de la crítica es también todo el Partido, tanto su dirección nacional, como sus direcciones intermedias y organismos de base. Hay que reconocer y corregir errores cometidos a todos los niveles.

La crítica se hace desde un punto de vista de clase y desde la óptica del proletariado, sirve para avanzar en la revolución, para construir organización revolucionaria y con esa perspectiva debe estimularse, y combatir con la mayor energía la crítica destructiva, pequeño burguesa, que sirve de instrumento al enemigo por se usa para dividir y desintegrar al partido.

Es una crítica revolucionaria en tanto se hace al calor de la lucha. Es una crítica entre combatientes y herramienta de construcción orgánica. Requiere calidad moral revolucionaria, por lo tanto no se puede aceptar la de quienes no están comprometidos en la lucha popular, de los desertores, o de los ociosos, El partido

acepta y recoge la crítica de cualquier militante y la que surge en el seno de las masas, pero no tolera más la de los francotiradores de izquierda, que pontifican sobre táctica y estrategia, ni de aquellos que a nombre de la “idiosincrasia socialista” defienden desviaciones de derecha, superadas por la historia del Partido sin asumir ninguna responsabilidad política.

El Comité Central considerará debidamente todas las críticas, opiniones y aportes que provengan de los niveles de dirección intermedia y de la militancia del Partido, avalados por una práctica revolucionaria consecuente, y de carácter constructivo.

Bajo los supuestos enunciados, la crítica ayudará decisivamente a un proceso de construcción del partido, proletarizándolo en su ideología, en su línea política, en su organización y en su práctica concreta en la lucha de clases, y fortalecerá su unidad a un nivel superior, derrotando definitivamente las posiciones antimarxistas y disolventes.

2. EL PARTIDO SOCIALISTA EN LAS LUCHAS DEL PUEBLO CHILENO

El Partido Socialista está indisolublemente ligado, en su generación y desarrollo, a las alternativas de la lucha de clases de los últimos 40 años. Desde su fundación se entronca profundamente a la realidad social latinoamericana y a la lucha antiimperialista continental, y progresivamente, se inserta en el movimiento obrero y revolucionario internacional, sobre todo luego que la experiencia de la Revolución Cubana demostró que, hoy por hoy, todo movimiento revolucionario nacional consecuente necesita apoyarse y contribuir en la lucha internacional contra el

imperialismo.

El Partido nació en el contexto de la crisis mundial del capitalismo de 1929, y sus dramáticos efectos en el país: crisis de la industria salitrera, cesantía masiva, aumento de la miseria de los trabajadores asalariados, deterioro violento del nivel de vida de las capas medias y el consecuente ascenso de la lucha social, con repercusiones serias en lo político, que condujeron a la república Socialista de 1932 y a la reacción represiva anterior. El movimiento revolucionario mundial vivía una crisis de conducción y una situación de reflujo, caracterizada por una política infantil y sectaria de la III internacional, la oposición violenta entre el movimiento revolucionario y el reformismo obrero (II internacional), la derrota de las experiencias revolucionarias de China y Europa Central (Alemania, Polonia, Hungría), y el surgimiento triunfante del fascismo (Italia y Alemania). Esta situación se expresaba en el plano nacional en la ausencia de una real vanguardia popular; el joven Partido Comunista se hallaba gravemente aislado de gran parte de las masas asalariadas y de otras organizaciones de izquierda.

El partido surgió con un proyecto de transformación revolucionaria muy general, de carácter pequeño-burgués democrático, fuertemente impregnado de latino americanismo antiimperialista. Las definiciones teóricas y políticas del PS no fueron socialdemócratas, en la acepción leninista del concepto. En la primera declaración de Principios se postulaba la necesidad de la “dictadura de los trabajadores organizados” para poder hacer efectivas las transformaciones socialistas, rechazando expresamente la posibilidad de un tránsito evolutivo como era planteado por los reformistas de la II internacional.

Sin embargo, la acepción del marxismo, “rectificado y enriquecido”, dejaba traslucir una gran debilidad teórica, expresando

en esa fórmula ecléctica la ambivalencia clasista del Partido: los sectores más afectados por la crisis –asalariados y pequeña burguesía- eran interpretados con una amplitud sin contornos por el PS.

Durante la década del 30, el partido consolidó su influencia entre las capas de pequeña-burguesía más empobrecida, funcionarios, artesanos, juventud intelectual y entre los sectores de la clase obrera no interpretados por la política del PXC. En todo caso, el Partido no logró desarrollarse en el núcleo principal de la clase obrera de la época: el proletariado minero. Su política radical llenó un vacío en la izquierda y no constituyó una alternativa derechista en el movimiento popular. Mantuvo una actitud consecuente, sin caer en el oportunismo reformista que caracterizó a los partidos socialistas en general. Reflejó el ascenso del populismo revolucionario nacionalistas de América latina, que tuvo expresión en el APRA peruano, ADECO en Venezuela, MNR en Bolivia, varguismo en Brasil, peronismo en Argentina, y la prolongación antiimperialista de la revolución agraria mexicana (gobierno de Cárdenas). Esa ola progresista continental logró su máxima expresión en Chile con el triunfo del Frente Popular en 1938, que dio un salto decisivo en el desarrollo industrial capitalista, favorecido por las condiciones internacionales creadas por la Segunda Guerra Mundial. El agotamiento de esa experiencia, por la incapacidad estructural de la burguesía chilena para impulsar un desarrollo independiente del imperialismo, creó una crisis de línea política del movimiento popular. El Partido entró en un período que se prolonga por la década del 40, caracterizado por su moderación política y la persistencia de una línea de colaboración de clases, participando en gobiernos burgueses sin postular una alternativa clara para las luchas populares. Esta situación condujo a una verdadera debacle partidaria, se dividió el partido,

surgieron traidores a la clase obrera y descendió notablemente su influencia de masas, sindical y electoral.

El populismo revolucionario nacionalista hizo crisis en la década del 50, fracasando rotundamente por su incapacidad para mantener una política antiimperialista consecuente, que necesariamente debía radicalizarlo hacia el socialismo. Así lo confirmaron las experiencias del peronismo, del varguismo, de la revolución boliviana y del gobierno de Betancourt en Venezuela; cuando la presión imperialista-oligárquica exigió a esos procesos afirmarse en las masas y avanzar hacia la revolución, claudicaron o traicionaron sus postulados, Sólo la revolución Cubana fue consecuente con su programa y derivó hacia el socialismo, cancelando definitivamente la alternativa del populismo nacionalista en América Latina.

La crisis final del populismo en Chile tuvo lugar con el gobierno de Ibáñez, en el cual participó temporalmente el PS Popular. Su fracaso creó las condiciones para que el partido restableciera su unidad en torno a una política avanzada de Frente de Trabajadores, que enfatizaba el problema de la necesaria independencia del proletariado, como reacción a las negativas experiencias colaboracionistas posteriores al Frente Popular.

Esta maduración política revolucionaria influyó notablemente en el ascenso del movimiento popular, que se expresó en la campaña presidencial del FRAP en 1958, en las intensas luchas de clase de los años 60-64, y en la bullente campaña presidencial del FRAP en 1964.

El desarrollo orgánico y el crecimiento de la influencia política del partido se vinculan con el surgimiento de un poderoso y combativo movimiento campesino, con la incorporación a las luchas populares de los sectores semi-proletarios y con el especta-

cular desarrollo político de la clase obrera industrial en la década del 60. La política del Partido interpreta las aspiraciones revolucionarias de las masas populares, oprimidas por la crisis del desarrollo capitalista dependiente (en el Gobierno de Alessandri), y el fracaso del reformismo burgués (administración Frei). El Partido se caracteriza por su sensibilidad política frente a los problemas de las masas y por su consecuencia para encabezar e impulsar sin restricciones todas las luchas reivindicativas espontáneas de los trabajadores, pobladores, estudiantes, etc. A pesar de la débil organización y de la falta de una política central de masas, los socialistas se ponen a la cabeza de todas las manifestaciones de la lucha de clases, cada vez más radicalizadas. La rica práctica revolucionaria de la lucha de clases durante toda la década del 60 no alcanzó a ser asimilada y orientada plenamente por una línea política justa del movimiento popular. Hubo un rezago en el desarrollo de la teoría respecto a la realidad concreta, que afectó fundamentalmente al Partido. En el Congreso de 1965 (Linares), el PARTIDO SOCIALISTA SE DEFINE MARXISTA-LENINISTA, y caracteriza correctamente el carácter de la experiencia reformistas burguesa de Frei, postulando los objetivos programáticos socialistas del proletariado, la independencia de clase d su frente político y la vigencia de la violencia revolucionaria, como medios para la conquista del poder, autocriticando a fondo los errores políticos anteriores, en particular en relación con la estrategia electoral de 1964. La definición del carácter leninista del Partido adquiere concreción en sus nuevos Estatutos y Principios Orgánicos (Conferencia de organización de 1967).

Los aciertos del Partido en el plano de las definiciones estratégicas no se reflejaron en una táctica leninista, flexible y coherente. El Partido no escapó a las deficiencias en la asimilación de la experiencia de la Revolución Cubana, comunes a los mo-

vimientos que derivaron de la crisis del populismo. Asimismo, fue permeable a los efectos de los conflictos en la conducción del movimiento comunista internacional. El mecanicismo y la no aplicación creadora de la teoría revolucionaria en la realidad concreta, que generó el fracaso de experiencias revolucionarias heroicas durante toda la década del 60 (Venezuela, Perú, Argentina, Guatemala y Bolivia, la más importante de todas), llevó al Partido a enarbolar una política dogmática en términos de las formas de lucha y de la restricción del frente (Congreso de Chillan, 1967), que reveló la influencia del foquismo y la falta de comprensión de las peculiaridades del desarrollo de la sociedad chilena, de los efectos de la independencia, de las contradicciones de clase reales, de los rasgos del sistema jurídico-político, y de las ideologías en pugna. Por esta razón se manifestó una disociación entre los postulados del Partido y su práctica política real, que iba mucho más allá de las eventuales inconsecuencias de sus dirigentes. Las condiciones reales del desenvolvimiento de la lucha de clases en Chile abrieron el camino a la experiencia revolucionaria de la unidad popular, a la cual el Partido hizo un aporte decisivo, a pesar de no haber logrado elevarse a una cabal comprensión del proceso histórico que protagonizaba.

3. CARÁCTER DE CLASE DEL PARTIDO

Un partido revolucionario proletario se define por su ideología marxista leninista, su programa científico de transformación de la sociedad, su línea política justa, su composición de clase y el carácter de su organización y su dirección.

Desde el punto de vista ideológico, en el partido Socialista confluyen históricamente corrientes marxista no-leninistas (una

especie de socialismo democrático, utópico), formas de anarquismo, el populismo nacionalistas revolucionario y corrientes marxista ligadas fundamentalmente a las disidencias de la III Internacional (troskistas en particular). Dentro de esta diversidad ideológica inicial, complementada por la constante incorporación de nuevas corrientes ideológicas revolucionarias “disidentes”, el factor común es una vocación revolucionaria orientada muy en general por el marxismo, con una fuerte dosis de idealismo político, desvinculado de las cuestiones concretas de la lucha de clases. En el Partido militaron siempre cuadros con formación marxista, pero el conjunto de la organización no fue formada en el estudio ni en la práctica del marxismo-leninismo. El marxismo consecuente y el leninismo se desarrollaron lentamente, sin llegar a predominar, largos años después de la fundación del partido. Otra característica notoria es la extrema sensibilidad del Partido a todos los conflictos surgidos en el seno del movimiento revolucionario internacional. El complejo proceso de maduración ideológica y política de la clase obrera y el pueblo, a través de los últimos 40 años, se refleja fielmente en las alternativas del desarrollo ideológico del partido, que a su vez ha influido dialécticamente sobre el conjunto del movimiento.

El último programa del partido, de 1947, dejó de tener vigencia por resolución de un Congreso, y no fue reemplazado sino con un proyecto (1969) que no llegó a tener redacción definitiva.

La línea política del Partido se caracterizó por su discontinuidad (radicalismo, colaboracionismo, etc.), hasta el Congreso de Unidad de 1957 que le dio un carácter revolucionario mantenido después en forma consecuente. Una constante de la política partidaria ha sido plantear certeras previsiones estratégicas, pero no tener capacidad para desarrollar una táctica concreta y construir la organización necesaria para concretarla en la práctica.

Esto ha permitido que la práctica política del partido haya caído en desviaciones de derecha (cretinismo parlamentario”) y de izquierda (extremismo infantil).

En el plano internacional, la política del partido ha mantenido como única constante histórica latino americanismo. Surgió en oposición al fenómeno stalinista y mantuvo una actitud contraria a la política de la III internacional, que Lledó incluso al antisovietismo extremo. Se relacionó fuertemente con la Liga de los Comunistas de Yugoslavia, y apoyó con decisión su alternativa de derecha a la política soviética (tercer Frente). Respaldó combativamente y desde el inicio de su lucha al Movimiento 26 de Julio, y se vinculó estrechamente a la revolución Cubana, cuya influencia contribuyó a la redefinición internacional del Partido, como integrante del conglomerado de fuerzas que se enfrentan al imperialismo y luchan por el socialismo, a nivel mundial. La destacada participación del Partido en las Conferencias Tricontinental y Latinoamericana sw Solidaridad con los Pueblos y en el trabajo del comité Permanente de la tricontinental, así como el estrechamiento de relaciones con el Partido Comunista de Cuba, con el Partido del trabajo de Corea, con el Partido de los Trabajadores de Vietnam y el FLN de Subvietnam, con el Partido Comunista de la unión Sovietica y con los Partidos Comunistas y Obreros de los demás países socialistas, han permitido el reconocimiento internacional del Partido Socialista de Chile, como fuerza integrante del movimiento obrero revolucionario mundial, solamente ratificando en los actos de celebración del 40 Aniversario del Partido (1973).

En términos de su composición de clase, el Partido tiene una militancia proletaria abrumadoramente mayoritaria (más de un 70% de obreros industriales, mineros y agrícolas) con una proporción importante de militantes de extracción pequeño-burgue-

sa (funcionarios, empleados, intelectuales, estudiantes y pequeños propietarios). Sin embargo, las direcciones políticas de todo nivel (de sus Seccionales a Comité central) muestran un predominio absoluto de elementos de la pequeña-burguesía, intelectual y funcionaria, principalmente.

Desde el punto de vista de su organización, el Partido refleja certeramente sus contradicciones ideológicas y el predominio de las corrientes pequeño-burguesas. La pequeña-burguesía revolucionaria, políticamente inestable (tiende con facilidad caer en desviaciones de derecha o de izquierda), es intrínsecamente desorganizada. Manifiesta un individualismo que la incapacita para el trabajo colectivo (inconstancia, diletantismo, disciplina, tendencia a aislarse de las masas y a eludir las tareas prácticas). No tiene ninguna de las características que hacen del proletariado consciente una clase con tendencia natural a la organización. El predominio ideológico de la pequeña-burguesía revolucionaria en el Partido, ha impedido en la práctica, la construcción de una organización leninista.

El Centralismo democrático, base de los principios proletarios de organización, es desconocido por la militancia del Partido y no se practica a pesar de los estatutos y Principios Orgánicos (leninistas consecuentes), aprobados en 1966. La organización del Partido no se ha desarrollado desde el punto de vista del leninismo. Ha sido concebida fundamentalmente para la lucha electoral, no está planteada en función del trabajo cotidiano en el movimiento de masas; no ha garantizado, ni mucho menos, condiciones para trabajar en la ilegalidad; ha permitido la existencia de grupos y fracciones al interior del Partido, y ha tolerado el manejo y la influencia de caudillos locales, regionales que tuvieron gran trascendencia en toda la historia partidaria. De una u otra forma, la organización difusa y movimientista del Partido

lo ha transformado en un instrumento adecuado a los intereses de fracciones, tendencias particulares, personalidades, etc. Ha sido característico en el partido impedir la promoción de cuadros proletarios, la carencia de educación política a la militancia, la falta de un periódico que ligue al Partido a las masas, la insuficiencia de la creación teórica (no hubo revista desde 1967), el burocratismo en el trabajo de masas, el oportunismo absoluto en la lucha ideológica.

La definición proletaria y leninista del Partido, en el plano de la organización, no se logró concretar plenamente, por el factor decisivo de predominio de la pequeña burguesía revolucionaria en su condición y su incapacidad para proletarizarse.

4. EL PARTIDO Y LA EXPERIENCIA DE LA UNIDAD POPULAR

El papel que jugó el partido en el proceso revolucionario desatado por la Unidad popular, estuvo condicionado por las características analizadas en las páginas precedentes. La adaptación más importante surgió en el Congreso de La Serena (Enero del 71), que avanzó un largo trecho en el terreno de la interpretación científica de la situación histórica, y renovó totalmente la dirección del partido, aprobando importantes criterios de superación orgánica.

Es importante comprender las limitaciones de ese evento partidario, en el sentido de que no estuvo precedido de una discusión política e ideológica a fondo en todo el Partido, y se caracterizó como culminación de una intensa lucha tendencial por el control del poder interno. De aquí la deformación de los términos de una lucha interna que se pretendía abriera paso a la hegemonía del marxismo-leninismo, en término de línea política, dirección,

concepciones orgánicas y estilos de trabajo. Las corrientes que predominaron no expresaban un pensamiento homogéneo, y el propio Congreso fue una expresión de sectarismo y estilo burocrático para resolver problemas políticos y las contradicciones ideológicas del partido, sin perjuicio de su legitimidad interna.

En este contexto se puede precisar la inmensa responsabilidad que cabe al partido en el desarrollo y desenlace de la experiencia revolucionaria de la UP.

El Partido fue, en gran medida el principal portador, pese a los esfuerzos de la dirección, de la dispersión política que impidió consolidar la hegemonía de la clase obrera en la conducción del proceso.

No hubo capacidad para combatir con éxito las deficiencias y errores que surgían de la incomprensión de los problemas estratégicos fundamentales. Pese a las resoluciones políticas del Congreso del Partido, y a los numerosos documentos e informes de la dirección, que conceptualizaron correctamente los rasgos esenciales del proceso entregando una acertada dirección política, el conjunto del partido (dirigentes intermedios, mandatarios, cuadros destacados en la administración Pública, dirigentes de masas y militancia en general), no asimiló siempre el carácter de la coyuntura histórica.

En general no se valoró el contenido revolucionario del programa, de la alianza de clases que suponía, los problemas de la estrategia para la conquista del poder. Faltó comprensión del problema de la hegemonía proletaria en el frente, del papel del Gobierno y del movimiento de masas. En el Partido se expresaron con fuerzas las desviaciones de izquierda (subestimación del papel del Gobierno, culto al espontaneísmo de las masas, verbalismo revolucionario, oposición infantil a cualquier concesión o

compromiso, voluntarismo, no consideración de la correlación de fuerzas real, etc.) En un caso se expresaba en ideologismo y desarraigo de los problemas concretos de la lucha de clases de muchos dirigentes intermedios y militantes de extracción pequeño burguesa, y en el otro, la carencia de compromiso revolucionario y militancia partidaria de un apreciable sector de mandatarios y funcionarios de Gobierno.

No obstante el esfuerzo e la dirección, no siempre impulsado homogéneamente, por imponer un línea única de acción para todo el partido, que tuviera concreción en las tareas de Gobierno y en la lucha de masas, de las propias filas del Partido surgía la caricaturización de la experiencia revolucionaria de la UP.

En las condiciones del Gobierno Popular el Partido avanzó espectacularmente en su influencia y ascendente de masas. Ello quedó reflejado en las elecciones nacionales de 1971 y 1973, en las elecciones de la CUT y en la importante penetración socialista en los principales centros fabriles y mineros.

El objetivo fundamental propuesto a su que hacer orgánico en este período fue convertir en fuerza organizada este inmenso apoyo de masas, construir partido en base a respaldo de masas (Pleno Nacional, Abril 1971). Aunque hubo progresos innegables y de gran importancia, la dirección no fue capaz de organizar al Partido en base a una concepción proletaria, para ponerlo a la altura de la situación histórica.

La condición primera para superar los problemas orgánicos del Partido era tener conciencia cabal de ello y actuar homogéneamente, y ninguno de estos dos requisitos logró concretarse.

La incapacidad de la dirección para transformar al Partido en una organización verdaderamente marxista-leninista, refleja las contradicciones no resueltas entre los distintos puntos de vista

presentes en su seno, y el profundo arraigo del espíritu fraccional y de grupo en el seno del Partido.

No resolviéndose las contradicciones de carácter ideológico, no fue posible comprometer a todo el Partido en el cumplimiento de las tareas orgánicas aprobadas en general por la dirección. No hubo una política de reclutamiento, formación, promoción y control de cuadros, indispensables para cimentar una estructura orgánica nacional centralizada. No se intentó profesionalizar al conjunto de dirigentes nacionales y regionales del Partido. No se impulsó ni hubo recursos para un sistema Nacional de Educación Política, con publicaciones y Escuelas de Cuadros permanentes. No se destinó los recursos indispensables para desarrollar las tareas de Frente de Masas. No hubo firmeza para combatir y aplastar todas las formas de trabajo fraccional, la indisciplina y la infiltración en el seno del partido. No se resolvieron criterios adecuados para encauzar una sana lucha ideológica, que permitiera conquistar la unidad ideológica del Partido, cimiento de su real unidad orgánica. La dirección en su conjunto mantuvo una muy débil ligazón con las masas y con la base del Partido, pese a las excepciones individuales.

Las debilidades orgánicas tuvieron también expresión en las graves deficiencias del trabajo de masas (en términos de elaboración de políticas y de construcción de los medios para aplicarlas); y del trabajo en el frente del gobierno (donde hubo mucha elaboración de políticas, pero falló el mecanismo de aplicación y control).

A pesar de todas estas debilidades, el partido hizo aportes esenciales al proceso revolucionario y constituyó uno de los pilares básicos de su sustentación. El rezago histórico de su formación leninista le impidió contribuir más decisivamente a la construcción de una vanguardia que concretara la hegemonía

proletaria en el proceso, pero de acuerdo a sus posibilidades se jugó por el triunfo. Ante la historia comparte la responsabilidad de sus debilidades y la satisfacción de sus éxitos.

5. VIGENCIA HISTÓRICA DEL PARTIDO Y SUS TAREAS DE HOY

Como se ha afirmado en estas páginas, el partido Socialista está profundamente enraizado en el pueblo, del que es uno de sus representantes políticos más característicos.

En particular, ha canalizado las aspiraciones de transformación social de una parte de la clase obrera y de la pequeña burguesía revolucionaria, las que por razones históricas muy concretas ya vistas, dieron nacimiento y constituyeron la materia humana fundamental del desarrollo del Partido.

Como hemos dicho, la construcción de la fuerza dirigente de la revolución es la tarea esencial, y la vigencia histórica del Partido Socialista emana del aporte decisivo que le cabe entregar a su cumplimiento.

El PS ha sido un partido en el que sus virtudes y sus defectos se han manifestado fundamentalmente a través de su voluntarismo. La transformación leninista del Partido debe recoger de esa tradición el contenido revolucionario de tal voluntarismo.

La misión histórica de un partido marxista-leninista es de carácter subjetivo, de conducción. Es un destacamento de vanguardia que no sustituye a la clase obrera, sino que la educa y orienta.

El factor conciencia, espíritu de combate, voluntad revolucionaria, es siempre esencial. No puede ser sustituido por el acierto teórico ni por el funcionamiento eficaz de la organización. Tanto

Marx y Engels, como Lenin, pusieron una y otra vez énfasis en el factor voluntad como elemento vital para la conducción de las masas, y actuaron consecuentemente.

En el análisis que hemos realizado de los vicios e insuficiencias del Partido, dejamos claramente establecido cuan dañino ha sido el subjetivismo y el anticientificismo presentes en su teorización y accionar. Al valorar la importancia del factor voluntad, no podemos subestimar la titánica tarea de combatir los defectos subjetivistas del Partido, que sólo conducen a aventuras o al derrotismo. El voluntarismo, a la vez que se contrapone a las concepciones mecanicista y evolucionistas, desligado del análisis concreto de la realidad degenera en aventurismo.

El arraigo del PS entre las masas populares, a lo largo de todo el país, es un factor esencial que testimonia su vigencia. Los partidos no surgen por decreto. En más de cuatro décadas de vida el PS se ha transformado en un vocero querido de amplios sectores de trabajadores; al Partido Socialista se le escucha y se le reclama en todo Chile. Aun hoy, golpeado con crueldad, obreros, campesinos, empleados y estudiantes, sufriendo la brutal represión de la Junta militar, esperan y anhelan escuchar la voz y la orientación de los dirigentes del PS. Es un inestimable síntoma de confianza al que debemos corresponder.

El PS ha estado inserto, desde su nacimiento, en la vida política del país, como fuerza actuante, y en algunos períodos determinantes, del sector nacional. El nacimiento de la CTCH y posteriormente de la CUT, el frente Popular, el FRAP y la UP fueron posibles, en sus circunstancias, con el aporte del PS. No sin dificultades, por supuesto, y en algunos casos a pesar de rechazos de amplios sectores del propio Partido. El nacimiento de la Unidad Popular, por ejemplo, no tuvo el respaldo unánime de los dirigentes del PS en aquel entonces. La claridad política de

la absoluta mayoría de los militantes, surgida básicamente del instinto de clase de la base socialista trabajadora, presionaba a favor de quienes postularon y defendieron la estrategia unitaria de la Unidad Popular.

Esa herencia altamente positiva, que responde a los intereses de la clase obrera y del pueblo, está hoy presente y se expresa el odio encarnizado de los fascistas a nuestro Partido y a todos sus militantes. La Junta todos los días nos da por derrotados y desaparecidos: es más que nada la expresión de sus deseos.

A los propios dirigentes de la burguesía les preocupa nuestra existencia, consolidación y desarrollo. Nos saben capaces de avanzar por el camino de la unidad. No es con ingenuidad, sino con calculada intención, que los más astutos dirigentes derechistas, y hoy día algunos menos brutos de los oficiales fascistas, lanzan rumores estimulando el sectarismo en algunos militantes. No hay mejor forma de irritar y hacer perder el juicio a un socialista, que demostrar desprecio hacia su partido. Los ideólogos y publicistas de la Junta juegan con esa herramienta, como lo recomiendan los manuales de guerra psicológica.

Temen al Partido, no tanto porque lo estimen capaz, por sí sólo, de derrotar a la dictadura, sino sobre todo, porque ven en él u elemento fundamental de la unidad de la clase obrera, del pueblo y de todos los sectores anti-fascistas. De ahí su empeño denodado por destruirlo, a cualquier costo.

El destino de un gran contingente obrero y de sectores pequeño-burgueses que interpretamos y conducimos se dispersarían anárquicamente si el Partido fuera destruido. He ahí un desafío a nuestras capacidades. La unidad del pueblo requiere nuestra presencia.

Pensar, en la actualidad, en resistir y derrotar a la dictadura,

es pensar y trabajar por la más amplia unidad antifascista. Y en esa tarea nuestro aporte es decisivo. Lo saben los fascistas, y también así lo estiman los partidos de la UP, el propio MIR, y con singular preocupación lo aprecian los sectores democráticos y progresistas del PDC.

Como lo hemos referido anteriormente, internacionalmente el Partido ha recorrido un largo y matizado camino dentro de los cauces del imperialismo.

Hoy somos reconocidos como fuerza componente del movimiento revolucionario mundial. Las relaciones con los Partidos Comunistas y Obreros se mejoran casi a diario, y recibimos de ellos un amplio apoyo y estímulo. Nuestra comprensión de los problemas que afrontan los países socialistas en su desarrollo, y por el quehacer y preocupaciones del movimiento obrero mundial son cada vez mayores, y a través de ese mutuo conocimiento nos acercamos y hermanos más. Están dadas las condiciones para desarrollar y ampliar esas relaciones.

Un campo específico en que nuestra labor puede ser muy fructífera internacional. Allí se producen contradicciones entre sus alas más reaccionarias y los sectores progresistas, propensos éstos al mejoramiento de las relaciones con el campo socialista y con los partidos comunista y obreros. El acercamiento entre tendencias del movimiento obrero, en favor del movimiento revolucionario mundial, y a partir de posiciones de principio, es una gran tarea en la que el PS puede aportar, tal vez como ninguna otra fuerza política chilena, dado su particular desarrollo histórico.

Todos los aspectos señalados anteriormente conforman la potencialidad revolucionaria del Partido. Allí están las raíces de su vigencia histórica.

La actual generación de militantes tiene por tarea esencial hacer suya, extender y profundizar, la ideología científica del proletariado para tales virtudes y potencialidades del partido, germinen en buen terreno, haciendo posible la construcción de la fuerza dirigente de la revolución.

La reconstrucción del Partido es hoy nuestra tarea vital. Y es a través de ella que debemos proletarizarlo, en su ideología y métodos de trabajo, única forma de remontar la pendiente y no volver a ser pasto del fascismo.

La primera tarea para avanzar en la reconstrucción del Partido, es asegurar una línea política para todo el Partido, fundamentada sólidamente en los principios. Los elementos básicos de esa línea única, están contenidos en el presente documento.

Es indispensable, transformar la actual organización en un Partido homogéneo, desarrollando la ideología proletaria, poco arraigada aún, introduciendo el marxismo-leninismo en la práctica concreta de los militantes, combatiendo sistemáticamente todas las desviaciones que surjan al interior de la organización, e intensificando el trabajo de masa del Partido. El Partido debe convertirse en un destacamento disciplinado y consciente de sus objetivos, como asimismo de los medios para conquistarlo.

Uno de los supuestos de la reconstrucción orgánica del Partido, es su depuración. El combate a muerte a los rezagos de actividad fraccional, es un compromiso que la dirección cumplirá sin vacilaciones, y que debe contar con el respaldo de toda la militancia. El Partido debe depurarse definitivamente de todos los elementos oportunistas, infiltrados y profesionales de la división. Las actuales condiciones represivas exigen practicar efectivamente el centralismo democrático, enfatizando hoy la centralización de la dirección política. Hoy con mayor fuerza que

nunca, se debe salvaguardar la unidad del Partido: férrea unidad orgánica, consciente unidad ideológica, consciente unidad ideológica y combativa unidad de acción. Atentar en cualquier forma contra la unidad del Partido, hoy día significa traicionar al pueblo de Chile.

El desafío planteado es inmenso, construir un partido leninista, destacamento de vanguardia de la clase obrera, con influencia en extensas capas sociales, capas de resistir la represión fascistas, que domine a fondo todas las formas de lucha, profundamente enraizado en las masas y conductor efectivo de todos los combates del pueblo.

La construcción del Partido, la gestación de una dirección única proletaria y la formación del Frente Antifascista, son las tres tareas fundamentales de toda la militancia, y se cumplirán al calor de la resistencia contra la dictadura. La lucha revolucionaria exige una cuota creciente de sacrificios y no se puede esperar éxitos inmediatos. El heroísmo individual, en los momentos culminantes de la lucha, es valioso, pero el pueblo necesita hoy de otra forma de heroísmo. El Partido debe aprender las lecciones del heroísmo proletario. El del trabajo colectivo anónimo y cotidiano, que exige mayor energía revolucionaria y, sobre todo, mucha paciencia.

El Partido debe aprovechar todos los recursos humanos y materiales de que se pueda disponer para reconstruirse y combatir a la dictadura. Su gran reserva material está en el pueblo. En las filas del pueblo encontrará también su gran reserva de cuadros combatientes y, la inmensa reserva moral, la potencialidad revolucionaria que emana del espíritu libertario indestructible de las masas populares.

La reconstrucción orgánica del Partido no parte de cero, pero

debe llenar muchos vacíos. El odio de clases del fascismo se ha descargado en particular sobre el Partido y su organización ha sido fuertemente deteriorada; asesinados cuatro miembros del Comité Central, (Compañeros ARNOLDO CAMU, EDUARDO PAREDES, ARSENIO POUPIN Y LUIS NORABUENA), y siete secretarios políticos regionales del Partido; entre otros muchos militantes, encarcelados 12 miembros del Comité central y 20 Secretarios Políticos regionales. Estos datos escuetos reflejan el efecto de la criminal represión fascista sobre el Partido.

A pesar de los sensibles golpes recibidos, el Partido conserva lo esencial de su estructura nacional y cuenta con una dirección centra legítima, volcada por completo a las difíciles tareas de entregar a la militancia política clara, reconstruir la organización y encabezar la resistencia antifascista.

El golpe de Estado impidió convocar al Congreso General del Partido, previsto para Enero de 1974; ello sólo podrá hacerse cuando las condiciones políticas lo permitan, para que el Partido democráticamente se de un Programa, apruebe los Estatutos, ratifique su estrategia y táctica y genere una dirección. Mientras tanto el Comité Central mantiene las prerrogativas de organismo superior del Partido, ha reorganizado su trabajo y resuelto incorporar a las tareas de dirección a los mejores cuadros disponibles para reemplazar a los compañeros caídos y a quienes han sido separados del Comité Central por deserción (decisión individual de abandonar el país)

La dirección política del partido se ejerce desde Chile, y a la dirección interior de la lucha revolucionaria se subordina el trabajo del Secretariado Exterior del Partido, encabezado por el Secretario General del Partido, Camarada Carlos Altamirano.

El Comité Central tiene un compromiso histórico ante el pue-

blo de Chile y una responsabilidad inmensa ante el Partido, y, está dispuesta a cumplir, a pesar de las dificultades, de la falta de experiencia, y de los embates brutales de la represión que han costado ya, en pocos meses de lucha en la clandestinidad, la vida y la prisión de la dirección y de valiosos cuadros militantes del Partido.

LA NOCHE NEGRA DE LA DICTADURA NO SERÁ ETERNA. LA DIGNIDAD DEL PUEBLO DE CHILE Y SU ESPÍRITU LIBERTARIO NO HAN SIDO ENCADENADOS, Y EN SUS ENTRAÑAS SE INCUBA LA FUERZA REBELDE QUE APLASTARÁ AL FASCISMO.

CON LA FUERZA POLÍTICA Y LA AUTORIDAD DE QUIENES HAN PERMANECIDO FIELES A LA CAUSA DEL SOCIALISMO Y DECIDIDOS A ENTREGARLO TODO PARA CONQUISTAR LA VICTORIA, EL COMITÉ CENTRAL LLAMA A TODOS LOS MILITANTES DEL PARTIDO A ESTUDIAR Y ASIMILAR LA LINEA POLÍTICA, A APLICARLA CREADORAMENTE EN EL TRABAJO COTIDIANO, A LUCHAR POR LA UNIDAD DE TODO EL PUEBLO, A CONSTRUIR UNA GRAN ORGANIZACIÓN DE COMBATE, CONDUCTORA DE LAS MASAS, Y A SER DIGNOS HEREDEROS DEL EJEMPLO HEROICO DEL CAMARADA **SALVADOR ALLENDE** Y DE TODOS LOS MÁRTIRES DEL PARTIDO Y EL PUEBLO, DISPUESTOS COMO ELLOS, A ENTREGAR LA VIDA Y, **POR SOBRE TODO, DECIDIDOS A VENCER**

COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

SANTIAGO, MARZO DE 1974

